

HISTORIAS DE AMOR Y EROTISMO EN *LAS DIONISIACAS* DE NONO*

Marcos Martínez
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

En este artículo analizamos la figura de Eros, algunos aspectos de erotismo griego y las historias de amor en el poema épico *Las Dionisiacas*, de Nono de Panópolis.

PALABRAS CLAVE: Eros. Erotismo griego. Historias de amor. Nono de Panópolis.

ABSTRACT

«Love-stories and eroticism in *Dionysiaca* of Nonnus». In this article we analyse the figure of Eros, some aspects of Greek eroticism and the love-stories in the epic poem *Dionysiaca* of Nonnus of Panopolis.

KEY WORDS: Eros. Greek eroticism. Love stories. Nonnus of Panopolis.

1. El erotismo en la literatura ha pasado a ser una de las líneas de investigación más cultivada en los últimos años, después de haber sido poco atendida hasta las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado. Libros como los de S. Alexandrian (1990) y G. Morales (1998), por poner sólo un par de ejemplos, son bien significativos de lo que decimos, uno de cuyos exponentes últimos es la reciente recopilación editada por R. Sánchez García (2005).

2. Uno de los capítulos más interesantes para nosotros dentro de la literatura griega antigua es el concerniente al dios masculino del amor: Eros. A esta divinidad venimos dedicándole en los últimos años algunos de nuestros trabajos más recientes, en los que hemos tocado algún aspecto de esta figura mitológica, como son los himnos que se le han compuesto (1998a), sus genealogías (2005), su poderío (2006) o su presencia en la obra de Plutarco (2007), cuya finalidad última es conformar una monografía dedicada a este dios que pueda añadirse a las magníficas ya existentes, como la de F. Lasserre (1946), S. Fasce (1977), C. Calame (2002), Tibeiro, J. - Suárez de la Torre, E. (2002) o U. Bittrich (2005).

3. Las historias de amor constituyen uno de los ejes más significativos de cualquier literatura. Desde que hacen su aparición en la *Ilíada* (s. VIII a. C.) hasta hoy en día

no han dejado de cautivar al espíritu humano, tanto en el mito como en la historia, la literatura, el arte o el cine, como lo ponen de manifiesto los estudios de C. Fisas (1986), P. Celdrán (1994) y F. Montreynaud (1998), este último ceñido al siglo XX, al que alguien ha bautizado como el siglo del amor. En la cultura griega antigua las historias de amor son numerosísimas, como puede comprobarse por los libros de W. Munin (1965) y L. Radermacher (1987), entre otros, en donde encontramos historias amorosas puramente míticas, ya sean referidas a los dioses (del estilo de la de Afrodita y Ares o las innumerables aventuras eróticas de Zeus, para las que disponemos de buenos estudios, como el de S. Perea, 1999, y el de Fernández de Mier, 1999), o referidas a los héroes (del estilo Helena - Paris, Fedra - Hipólito, Orfeo - Eurídice, etc.), historias de amor verdaderamente históricas (del estilo de Seleuco - Estratonice, Marco Antonio - Cleopatra, Teodoro - Justiniano, etc.) o historias legendarias y meramente literarias (del tipo Aconcio - Cidipa, Filemón - Baucis, Píramo - Tisbe, Hero - Leandro, etc). Entre los autores griegos especialmente dedicados a las historias de amor destacaríamos aquí a Antonino Liberal (con sus *Metamorfosis*), a Partenio de Nicea (con sus *Sufrimientos de amor*), las *Narraciones de amor*, de Plutarco o la *Descripción de Grecia*, de Pausanias, sobre la cual tiene matriculada en la Universidad de La Laguna una tesis un alumno mío, Celio Hernández Álvarez, con el título «Historias de amor en la *Descripción de Grecia* de Pausanias». A esta lista habría que añadir los autores de novelas griegas, cuyas obras no son sino otras tantas historias de amor: *Leucipa y Clitofonte* (de Aquiles Tacio), *Quéreas y Calírroe* (de Caritón de Afrodiasias), las *Etiópicas* o historia de *Teágenes y Cariclea* (de Heliodoro), *Dafnis y Cloe* (de Longo), *Las Efesiacas* o la historia de Habrócomes y Antía (de Jenofonte de Éfeso), etc. Para las historias de amor como género literario en la literatura erótica griega, cf. nuestro trabajo de 2000.

4. Otro autor griego en el que las historias de amor son especialmente llamativas es Nono de Panópolis, objeto de nuestra intervención de hoy. Nono es un autor procedente de la Tébaida egipcia, que vive a lo largo del siglo V de nuestra era y cuyo *floruit* puede situarse hacia la mitad de este siglo. Es autor de dos obras llegadas hasta nosotros, las *Dionisiacas* y la *Paráfrasis a Juan*, también conocida como *Variación del Santo Evangelio según Juan*, obras tan diferentes en lo que se refiere a paganismo y cristianismo, que durante muchos años se ha planteado la posibilidad de que se tratara de dos autores distintos, asunto objeto de la llamada «cuestión noniana», que, hoy por hoy, parece ya superada (cf. E. Livrea, 2003). Las *Dionisiacas* es un inmenso poema épico compuesto a la gloria de Dioniso y es el más largo de toda la literatura griega, pues equivale a toda la *Iliada* y la *Odisea* juntas, en total más de veintidós mil versos hexamétricos. El poema consta de cuarenta y ocho cantos y tiene

* Agradezco muy efusivamente la gentileza del traductor de Nono en la Biblioteca Clásica Gredos, don David Hernández de la Fuente, por haberme facilitado algunos de sus trabajos que en estos momentos están todavía en prensa.

como protagonista a Dioniso, también llamado Baco, Bromio y Lieo, el dios heroico del mundo pagano: los cantos 1-12 están dedicados a su linaje, nacimiento y juventud; los cantos 13-40 se refieren a su conquista de la India y los cantos 40-48 tratan de sus hazañas en Grecia y apoteosis final (cf. A. Villarrubia, 2004). Se ha calificado a las *Dionisiacas* como una de las últimas rosas del jardín épico de la literatura griega. Hoy en día conocemos mejor este grandioso poema gracias a las traducciones castellanas de la Biblioteca Clásica de Gredos (por donde citamos los textos recogidos en nuestro estudio), obra de los autores Manterola - Pinkler y Hernández de la Fuente (cf. bibliografía), así como por los excelentes estudios prodigados a nuestro autor en los últimos años, desde los trabajos de González Senmartí (1978 y 1981), a los de Brioso Sánchez (1994-5), A. Villarrubia (véase bibliografía) y D. Hernández de la Fuente (véase bibliografía).

5. Se ha dicho que las *Dionisiacas* vienen a ser una especie de enciclopedia mitológica y según P. Chuvin (1986 y 1991) es ésta la razón por la que ha llegado hasta nosotros. De ahí que se haya podido decir que la mitología de las *Dionisiacas* constituye el ejemplo más extenso y elaborado que poseemos de los mitos griegos en su etapa final (H. J. Rose, 1940). Se trata de una mitología erudita y escolar, como en su día la calificara F. Vian (1978), quien distingue dos tipos de mitos en la obra de Nono: los que constituyen la materia misma y la trama del relato (en torno a la figura de Dioniso) y los que figuran nada más que a título de ornamento o florituras. Las fuentes mitográficas de Nono abarcan toda la cultura literaria griega anterior, desde un Homero y Hesiodo (s. VIII a. C.), hasta las *Bassariká* de Dioniso, poeta épico del s. II d. C., pasando por la lírica griega, la tragedia, la literatura helenística, las *Metamorfosis* de Ovidio, etc. (cf. F. S. Cuartero, 2003 y A. Villarrubia, 2004). Nuestra aportación tiene que ver con una pequeña parte de ese inmenso *magna mitológico* (la expresión es de D. Gigli, 1993, p. 230), que son las *Dionisiacas*: lo que se refiere a Eros y las historias de amor.

6. Pero antes de entrar en materia propiamente dicha convendría que abordemos, aunque sea someramente, algunos aspectos del *erotismo en Nono*. Es éste un tema que exigiría por sí mismo una amplia monografía. No en balde figura Nono en cualquier antología de la poesía erótica griega que se haya hecho, como ocurre en la de M. Brioso (1991). Como muestras seleccionadas de un Nono erótico señalaríamos aquí las siguientes:

a) Uno de los rasgos estilísticos más llamativos de las *Dionisiacas* en su *poikilia*, es decir, la continua variedad de formas literarias que se observan en el poema, fenómeno muy bien estudiado por W. Fauth (1981) y A. González Senmartí (1981). Entre las múltiples formas literarias que podemos encontrar en este autor relacionadas con nuestro tema destacaríamos los himnos, epigramas y epilios eróticos (de los que hablaremos más adelante). Entre los himnos (cf. F. Braun, 1915), hemos seleccionado dos, los correspondientes a Eros y Béro:

Himno a Eros:

Y tú, Eros, principio y simiente de la unión progenitora, tiende tu arco y el cosmos no perderá su rumbo. Puesto que todo procede de ti, pastor de la vida amorosa, tira

otra flecha, una sola, para salvar todas las cosas. Combate a Tifón, como el ser fogoso que eres, y los rayos fueguíferos volverán a mi mano, gracias a ti. Tú, que todo lo subyugas, golpea con tu ardor a ese ser, para que tu dardo encantado cace al que no pudo vencer el Crónida. Y que el aguijón del canto de Cadmo sea tan poderoso, como el deseo que tengo por los himeneos de Europa.

(1.398-407; trad. de Manterola - Pinkler)

Himno a Béroe:

¡Oh Béroe, raíz de vida, nodriza de ciudades, capricho de soberanos! Tú que primeramente apareciste, engendrada a la vez que el Tiempo, de la misma edad que el universo, asiento de Hermes, territorio de la justicia, ciudad de las leyes, morada de la Benevolencia, hogar de la diosa Pafia, palacio de los amores, gustosa sede de Baco, cortijo de la flechadora, adorno de las Nereidas, aposento de Zeus, alcázar de Ares, Orcómeno de las Gracias, estrella de la tierra del Líbano, compañera de generación de Tetis, de la misma edad que Océano, quien engendró a Béroe en su lecho de muchas fuentes al unirse en himeneo acuático con Tetis; Béroe, conocida por Amímone cuando su madre la dio al mundo en el submarino lecho de un amor oceánico.

(41.143-154; trad. de Hdez. de la Fuente)

De los epigramas en Nono (*cf.* P. Collart, 1913) seleccionamos el siguiente, de cierto contenido erótico:

Por Afrodita Pafia, hablad de nuevo árboles, como en tiempos de Pirra y Deucalión. Censurada a esta muchacha insensata. Y también tú, querida Dafne, emite tu arbórea voz. ¡Ojalá la hermosa Nicea hubiera vivido en tiempos pasados! Entonces Apolo la habría perseguido por ser la más deseable, y Dafne no se habría convertido en árbol.

(15.298-302; trad. de Hdez. de la Fuente)

b) El episodio erótico que nos narra Homero en el canto XIV de la *Iliada*, en el que Hera se embellece para hacer el amor con su esposo Zeus y así conseguir que se duerma, episodio conocido como «el engaño de Zeus» (Διὸς ἀπάτη), tiene en Nono un amplio eco que abarca desde el verso 103 del canto 31 y llega hasta el verso 97 del canto 32. La parte final de este episodio corresponde a la relación sexual de los esposos, cuya versión noniana reza así:

Y tuvieron Zeus y su esposa de resplandecientes brazos un refugio espontáneo para sus himeneos montaraces que se formó por sí solo a guisa de lecho improvisado.

Ya se unieron con el dulce vínculo del matrimonio encantador. La tierra abrió de par en par su seno perfumado y coronó la unión nupcial con flores amorosas. Entrelazáronse las hojas viriles con las cercanas hierbas femeninas, como si también entre las plantas se respirase deseo por el tierno amante. El azafrán cilicio floreció, germinó la zarzaparrilla y adornaron el lecho de ambos amantes los retoños de doble género. El azafrán envolvió a Zeus y la zarzaparrilla a su compañera de lecho Hera. Y como muestra del agudo amor de Zeus, mediante una señal silenciosa el encantador narciso saltó sobre la anémona. Ninguno de los inmortales, ni las cercanas Ninfas ni Faetonte, que todo lo ve, ni siquiera los ojos de la mismísima Selene, de rostro taurino, pudieron observar aquella unión entre sombras, aquel



lecho imperecedero, pues el refugio conyugal fue ceñido por espesas nubes. Enseguida, el Sueño, compañero del cortejo de los Amores, lanzó su encantamiento contra los ojos de Zeus.

(32.80-97; trad. de Hdez. de la Fuente)

c) Escenas de *voyeurismo*, en las que un espectador masculino observa a una mujer desnuda, generalmente bañándose, son relativamente frecuentes en nuestro autor: Acteón contempla a Artemis (5.304-315), Zeus a Perséfone (5.586-601), Dioniso a Nicea (16.1-18), Himno a Nicea (15. 221-236), Helio a Clímene (38.116-129), Dioniso a Béroe (42. 40 y ss.), Morreo a Calcomedes (34. 273-80, 305-314 y 35.103-108), etc. De estos episodios posiblemente el más famoso sea el de Acteón, que le acarreó su muerte (sobre cuyo mito cf. A. Villarrubia, 1998) y que en la versión de Nono queda así:

Ocurrió que un día, sentado en lo alto de un roble de elevado tronco vio todo el cuerpo de la Arquera mientras se estaba bañando. Él, ávido observador de la diosa que no se debe ver, recorrió con sus ojos la casta piel de la virgen no desposada, y la vio de cerca. Pero mientras espiaba con furtivos ojos la figura sin ropa de la soberana, una Ninfa Néyade lo vio a lo lejos con torvos ojos. Apabullada, prorrumpió en gritos y comunicó a su soberana el irrefrenable atrevimiento de un varón loco de amor. Entonces, Ártemis, que mostraba la mitad de su cuerpo, tras coger rápidamente su pretina circular y su vestido, cubrió con el cinto virginal sus castos senos; luego hundió sus húmedos miembros en el interior del río; así la joven virgen llena de pudor, cubrió de a poco todo su cuerpo.

(5.303-315; trad. Manterola - Pinkler)

d) Desde el punto de vista erótico un rasgo muy llamativo de la obra que comentamos es la atención que aquí se presta al pecho, tanto masculino como femenino (sobre este tema cf. R. Schmiel, 1993, p. 475). En muchas de estas escenas el tema está en un contexto no erótico, como cuando Atamante ofrece su pecho masculino a Melicertes (9.310.312), o cuando se lo pide Téctafo a su madre y nodriza Eeria (30.150-185), o cuando Hera se lo ofrece a Baco (35.301-335), o cuando Astrea da de mamar a Béroe (41.212-229) o Palas Atenea al niño Baco (48. 455-457). Pero al lado de estas escenas tenemos otras de fuerte contenido erótico relacionado con los senos femeninos. Dos ejemplos:

Zeus contempla desnuda a Europa:

Así habló ella. Y el Crónida, tras abandonar su forma taurina, comenzó a correr, bajo el aspecto de un joven muchacho en torno de la joven, aún no sometida. Y acarició sus miembros. En primer lugar soltó la cinta que la rodeaba, para desnudar el pecho de la joven. Y, como sin querer, apretó el inflado contorno de su firme seno, besando el pezón con sus labios. Luego rompió, en silencio, el casto lazo que guarda la virginidad, para recoger el verde fruto de los Amores Ciprídeos. Y lleno del jugo de un doble engendramiento, su vientre se hinchó. Entonces, Zeus amante, dejó a su novia, encinta de divina progenie, en manos del muy poderoso Asterión, que iba a ser su marido de ahora en adelante.

(1.344-355; trad. de Manterola - Pinkler)



Zeus contempla desnuda a Sêmele:

Mientras tanto, Zeus, con el aguijón del deseo de fogosa punta, observaba los rosados dedos de la muchacha en pleno nado. Inquieto, hacía dar vueltas a su errante mirada: o miraba el resplandor de su rosado rostro, o el destello de sus párpados grandes como los de un buey, o bien, su cabellera sacudida por los vientos. Como sus cabellos estaban tirados a un lado, también observaba el libre cuello de la desnuda muchacha. Pero sobre todo miraba sus pechos y sus desnudos senos, que cual soldados armados con dardos de amor, fueron alistados contra Zeus. Si bien él continuaba examinando todo su cuerpo, sin embargo, sólo los misterios de su vientre quedaron sin ser vistos para sus pudorosos ojos.

(7.256-266, trad. de Manterola - Pinkler)

e) *El magisterio amoroso de Pan*. En el canto cuarenta y dos, dentro del episodio de la historia de la doncella Béroe, encontramos a Dioniso dominado por una gran pasión por la muchacha, ante cuya desesperación e impotencia absolutas, Pan, maestro de amores, le imparte una lección de amor a la manera de un ἐρωτοδιδάσκαλος o *magister amoris*. La galante lección de Pan es un ejemplo literario de la poesía didáctica amorosa antigua (cf. A. Villarrubia, 1999) y en Nono se desarrolla en 42.196-274, uno de cuyos pasajes más significativos es el siguiente:

Y al fin, buscando ya tarde un dulce fármaco contra Afrodita, reveló su insomne pena de Cípride a Pan, el de pecho velludo, con palabras preñadas de amor, y le pidió consejo para defenderse de los amores. Y como escuchase el cornudo Pan las fatigas de Baco, que respiran fuego, se rió, y ablandándose por sus cuitas compadeció al pobre enamorado, pues él mismo sufría también esa enfermedad del deseo. Y le dio algún consejo acerca de Cípride, ¡pequeño consuelo tenía para sus amores ver a Baco abrasado por la chispa de una misma aljaba!

«Tenemos sufrimientos comunes, querido Baco, y me compadezco de tus penas. ¿Cómo fue que el audaz Eros te venció a ti también? Si me es lícito decirlo... *contra mí y contra Dioniso vació Eros su aljaba*. Pero he de contar los multiformes tipos del engañoso deseo.

*Toda mujer más que el hombre,
desea, mas se avergüenza
y oculta el dardo de amores
aun sintiendo esa pasión.*

Y sufre mucho más, ya que los destellos de los amores se vuelven más ardientes cuando las mujeres tratan de ocultarlas en el interior de sus entrañas atravesadas por la flecha de los amores. Con que también, cuando unas a otras se cuentan acerca de lo apremiante de sus deseos, con murmullos que apaciguan el dolor, cubren sus penas de Cípride. ¡Haz así tú también, Baco! Finge un engañoso rubor a imagen de la modestia para sobrellevar tus amores, como si tuvieras un rostro casto y serio, cual si estuvieras junto a Béroe mal de tu grado y contempla con falaz asombro a la muchacha de rosada forma mientras empuñas sus redes, alabando su belleza, que tal nunca tuvo Hera. Y abriendo una mano generosa, golpéate la frente en señal de admiración embustera con una mudez consciente. Y afirma que las Gracias son inferiores, emprende un reproche por su hermosura contra las diosas, Ártemis y Atenea, a la par. Proclama a Béroe resplandeciente que Afrodita la muchacha, al escuchar tres embusteros reproches se quedará más tiempo allí, embelesada por tus



elogios. Pues no deseará toda la riqueza del oro tanto como oír de cerca de sus compañeras de juventud.

(42.196-230; trad. Hdez. de la Fuente)

f) *El aedo Leuco de Lesbos canta a Afrodita*. A imitación de los aedos homéricos Demódoco y Femio que aparecen en la *Odisea*, hay un extenso pasaje en las *Dionisiacas* (24. 230-329) en el que el aedo Leuco de Lesbos, en la celebración inmediata de una derrota de los indios, canta la historia encantadora, muy admirada en Atenas, de la disputa sobre el uso de la rueca entre Afrodita y Atenea (cf. A Villarrubia, 1994-5). El comienzo de este pasaje dice así:

Y entonces, para deleite de todos, Leuco, un aedo lesbio sin maestro, tejió su canción, que entonó junto a la crátera: cómo los primordiales Titanes vistieron sus armas contra el Olimpo. También narró la veraz victoria de Zeus, el que gobierna en las alturas, y de qué manera Crono, el de anchurosa barba, fue alcanzado por el rayo y aprisionado en el regazo del tenebroso Tártaro, armado en vano con las acuáticas armas del invierno.

Y a continuación, Lápeto, ciudadano de la tierra sin murallas de Chipre, sentóse junto al experimentado citarista, y le ofreció una pingüe porción de su comida, pidiéndole que cantara aquella dulce historia amada por Atenas, la ciudad que nunca calla, que narra cuando Citerea compitió con Atenea en las labores del telar. Y éste, por su parte, tomando su arpa, comenzó a cantar sobre Cípride, cómo en una ocasión sintió el deseo de emprender las labores de la rueca, y tomó en sus manos inexpertas el telar de Atenea, sosteniendo la lanzadera en vez del cinturón bordado de los amores.

(24.230-246; trad. de Hdez. de la Fuente)

Al final del pasaje Atenea se dirige también a Eros y le ordena lo siguiente:

Y tú, Eros, haz girar los husos y olvida tu arco. Teje los hilos de la trama junto con tu madre Citerea, la enamorada de la rueca, de forma que pueda llamarte no ya «el alado», sino «el hiladero», y para que pueda ver al fogoso dios del arco de bovina cuerda estirando la camilla más allá del hilo, en vez de sus flechas. Borda a Ares con oro, como corresponde a la dorada Afrodita, llevando en su mano la lanzadera en vez de su escudo de piel de buey, y pon a su lado a Citerea, laboriosa en su telar.

(24.309-315; trad. de Hdez. de la Fuente)

g) *Sueños eróticos*. Es éste un tema que en los últimos años ha sido muy bien trabajado para la cultura griega por el profesor Luis Gil, uno de cuyos estudios más definitivos sobre la cuestión es el de 2002. Para el caso concreto de Nono disponemos ahora del excelente estudio de D. Auger (2003). Esta autora ha hecho un buen análisis del mundo de los sueños en las *Dionisiacas*, desarrollando una espléndida tipología de los sueños nonianos, entre los que destacan aquellos que expresan un deseo amoroso, como ocurre en 10.264-66 (Dioniso sueña por Ampelo), 42. 333-35 (Dioniso sueña por Béroe), 47. 528-309 (Ariadna sueña por Teseo), etc. Como ejemplos de tales sueños hemos seleccionado dos, uno es el de Morreo por Calcomede, que se describe así:



La visión del sueño, que surgió de las puertas de marfil que trastornan el sentido, embaucó a Morreo mientras dormía y le dijo estas palabras de engaño encantador: «Oh Morreo, recibe como novio a Calcomede, que viene de buen grado. Recíbela en tu lecho como esposa tras la batalla. Te deleitaste contemplándome por el día, y ahora de noche acuéstate junto a tu amorosa Calcomede. Incluso entre sueños hay en el matrimonio gracia y un dulce acicate de deseo. Incluso en los himeneos oníricos. Deseo tenerte entre mis brazos y ya está cerca la Aurora».

Y tras hablar así salió volando. Morreo se despertó de su sueño de un salto y se dio cuenta de que comenzaba a mostrarse la luz de la Aurora, que priva del amor.

(24.89-100; trad. de Hdez. de la Fuente)

El otro es un reflejo de la famosa escena de la *Odisea*, 7.266-359, en donde se narra el adulterio de Afrodita y Ares. Aquí es Ares el que recela de que Hefesto conquiste a Afrodita y tiene un sueño, en el que se le sugiere que fabrique una red que capte a los amantes, como la que en su día hizo Hefesto:

«¡Ares, Ares! Sigue durmiendo, desdichado en amores. Tú duermes solo, vestido en bronce, mientras aquí arriba Hefesto posee de nuevo en su lecho a la pafia Afrodita, que otrora fuera tuya. Pues ha expulsado a la Gracia de su morada, a esa celosa esposa, y el propio Eros ha flechado a Afrodita para arrastrarla de nuevo a su antiguo matrimonio, haciéndole un favor a su padre Hefesto. Pero también Atenea, que es iletrada en el deseo, ha persuadido al gran Zeus, ella, la virgen de ánimo embustero, para escapar así de Hefesto, pues aún se acuerda de sus fallidos himeneos, de esa unión que fecundó el suelo, a fin de no tener que criar con su pecho varonil, después del destino del primer Erecteo, a otro nuevo hijo de la Tierra. Levántate, marcha hacia el territorio de las montañas tracias y observa allí a tu Citerea en su acostumbrado Lemnos, observa cómo un enjambre de Amores a modo de cortejo nupcial corona con flores los propileos de Pafos y los palacios de Chipre. Escucha a las mujeres de Biblos entonan cantos en honor de Afrodita y sus nuevos amores, su himeneo de vuelta al hogar. Ares, te has quedado sin tu Cípride, pues el lento ha ganado en esta carrera al veloz Ares, matador de hombres. Canta ahora tú también en honor del ardiente Hefesto y de su unión con Afrodita. Marcha hasta Sicilia y ruégale acaso a los Cíclopes que están junto a su forja, pues ellos son sabedores de las artes de Hefesto, maestro en su labor, y pueden rivalizar con sus sabias obras. Urdirán un engaño para ti también y te fabricarán una nueva red como aquella de antaño, para que esta vez tú mismo puedas apresarlos a los dos con grilletos dolosos y cargar de cadenas al robador de esposas ajenas con tu lazo vengador. En un mismo lazo podrás atrapar a Hefesto, el de paso rodante y a Afrodita, y todos los dioses del Olimpo a la vez te alabarán como cazador de aquel que ha usurpado tu lecho. Despierta y conviértete tú también en tejedor de engaños. Despierta y ocúpate de tu novia raptada ¿Qué pueden importarte las desgracias de Deriades? Mas silencio ahora entre nosotros, que Faetonte no oiga nuestras palabras». Y tras hablar así, salió volando.

(29.328-362; trad. Hdez. de la Fuente)

h) *Descripción de la belleza femenina*. Aunque no muy abundantes, en las *Dionisiacas* podemos encontrar pasajes en los que se describe la hermosura de la mujer, como ocurre en el siguiente texto perteneciente a la historia de Himno y Nicea:



Con malicia incitó Eros al pastor enamorado, turbándole con su irresistible dardo. Como se lanzase a la caza la doncella entre los riscos por caminos infranqueables, todas sus ropas se hinchaban al viento con una ligera brisa, y su cuerpo resplandecía de hermosura. Sus blancos muslos brillaban y se ruborizaban sus tobillos, como lirios los unos, como anémonas los otros. Aparecían sus niveos miembros como un prado rosáceo, y el joven llevado por el deseo, miraba de forma insaciable contemplando la visión completa del borde de sus muslos [...]. Agitaba los bucles de su cabellera el viento, que elevaba ligera a ambos lados de la cabeza, y al levantarse sus cabellos relucía su cuello desnudo con blanquecinos destellos.

(15.220-232; trad. Hdez. de la Fuente)

El tema de la belleza en la obra de Nono se estudia muy bien en D. Gigli (1985), p. 56 y ss.

i) *Descripción de la belleza masculina*. En la obra de Nono este *topos* tiene mayor acogida que el correspondiente femenino. De los varios pasajes en los que se describe el cuerpo masculino hemos seleccionado dos, los correspondientes a Cadmo y a Ámpelo. El de Cadmo se describe así:

¡Nunca había contemplado una flor tal! ¡Realmente Natura otorgó a Cadmo el don de un prado de espontaneidad primaveral! Yo lo pude ver en sus manos de dedos de rosa, y en su rostro que derrama dulce miel. Sus mejillas, en su semblante, que despierta el deseo, enrojecen como flores. En sus pisadas titilan dos colores: en las puntas, el blanco de nieve, y en el centro, el rojo púrpura. ¡Sus brazos son como lirios! Pasaré por alto sus bucles, con tal de no provocar a Febo; sería una injuria para el colorido de Jacinto de Terapnea. Cuando Cadmo vuelve en torno a su rostro, cautivador del corazón, y da un giro a sus ojos, Selene entera brilla con centelleante resplandor. Y si sacude sus bucles y deja al descubierto su nuca, ¡es la Estrella de la Mañana que aparece! ¡Mejor ni hablar de sus labios! ¡La Persuasión, que habita en su boca, puerto estrecho de Amores, vierte una voz dulce como la miel! En realidad, su cuerpo entero es sede de las Gracias. Y en cuanto a las extremidades de sus brazos, de ellas no me atrevo a juzgar, para no echar en menos la blancura de la leche.

(4.127-143; trad. Manterola - Pinkler)

La descripción de Ámpelo, el amado de Dioniso, se hace así:

En verdad, el joven Ámpelo crecía, juguetón bajo la sierra Frigia, recién nacido, vástago de Amores. El blando vello de su rosada barbilla no irritaba los imberbes círculos de su mejilla de nieve, dorada flor de la juventud; y los espiralados racimos de su melena, no trenzados, se agitaban sobre sus blancos hombros merced al silbante viento, y eran elevados por su soplo; y su cuello, altibrillante, rotaba desnudo en medio de los cabellos que caían de costado, su esplendor hería la sombra, tal como brilla Selene cuando hiende la húmeda nube, al mostrarse en medio de ella. De su rosada boca brotaba una voz de dulce acento, y la primavera toda surgía de entre sus miembros; a causa de su plateado pie ambulante, el prado enrojecía de rosas; y si tornaba sus ojos con su muy brillante círculo de resplandores, como ojos de buey, Selene toda brillaba.

(10.176-190; trad. de Manterola - Pinkler)



j) *Eros παιδικός*. Escenas de amores masculinos no son escasas en el poema que comentamos. A título de ejemplo, ofrecemos a continuación el inicio de la relación masculina entre Dioniso y Ámpelo, que se describe en 10.323-378:

De tal modo se expresó, impulsado por el aguijón del deseo. En el espeso bosque Magnesio, cuando el boyero Apolo, herido por el dulce aguijón del amor por un muchachito, apacentaba así los bueyes de Admeto, no era tan intenso como cuando Baco deleitaba su corazón al jugar con el mancebo. Ambos se divertían juntos entre la maleza, unas veces lanzando al aire el tirso errante..., otras, sobre una playa sin sombras; en cierta ocasión marcharon hacia las rocas a cazar cachorros de león montaraz. En otras, aislados sobre una ribera desierta, jugaban en las arenas del arenoso río, y sostenían en alegre lucha una contienda. No había para ellos un trípode como premio del combate, ni a su disposición había por la victoria un cántaro adornado con flores, ni caballos de pastura, sino la flauta del Amor que duplica su son, de clara voz. La disputa era deseada por ambos; así, pues, en medio se lanzó el enloquecido Eros, como un alado Hermes guerrero, y entrelazó una guirnalda de amor hecha con flores de narciso y jacinto. Ambos llegaron hasta el centro como campeones de Amores e hicieron girar en círculos sus palmas a lo largo de la espalda, y tras estrechar un vínculo de ambas manos sobre la cintura, unieron los flancos del codo y con las manos levantaron sus cuerpos el uno al otro, alternativamente, por encima de la tierra; y en la placentera lucha Baco alcanzaba el Olimpo y sentía un doble goce amable al ser levantado y levantar. Ámpelo envolvió con su mano la muñeca de Bromio, y a la vez que apretaba el doble lazo con las manos atadas, juntaba sus ensamblados dedos con doble atadura, y ceñía la diestra del gustoso Dioniso.

(10.323-350; trad. de Manterola - Pinkler)

Lo anteriormente expuesto en este párrafo son sólo unas cuantas pinceladas del riquísimo erotismo que se respira en las *Dionisiacas* de Nono.

7. Antes de pasar directamente al tema de nuestra intervención, creemos que es necesario decir algo sobre el papel del dios Eros en las *Dionisiacas*. Es éste otro tema que exigiría una extensa monografía, por lo que aquí vamos a limitarnos a señalar algunos de los aspectos más interesantes. Según el diccionario de W. Peeck (1973), hay en Nono unas trescientas sesenta apariciones del dios Eros en las *Dionisiacas*, que aparece calificado con los siguientes epítetos: «que viste túnica suave» (ἀβροχίτων), «cazador» (ἀγρευτήρ), «indomable» (ἀδάμαστος), «astuto» (αἰολόμητις), «que se instruye por sí mismo» (αὐτοδίδακτος), «profundo» (βαθύς), «pequeño» (βαίος), «desnudo» (γυμνός), «astuto» (δολόεις), «que hierde de lejos» (ἐκηβόλος), «secreto» (ἐνδόμυχος), «amable» (ἐρόεις), «enemigo» (ἐχθρός), «que cruza los aires» (ἠερόφοιτος), «caliente» (θερμός), «impetuoso» (θοῦρος), «osado» (θρασύς), «insensato» (μάργος), «que está en los aires» (μετάρσιος), «propio de las batallas navales» (ναύμαχος), «muerto» (νεκρός), «joven» (νέος), «que adorna a los jóvenes» (λυμφοκόμος), «agudo» (ὄξύς), «inútil» (οὐτιδανός), «que todo lo vence» (πανδαμάτωρ), «errante» (περίφοιτος), «agudo» (πικρός), «alado» (πτερόεις), «ardiente» (πυρόεις), «sabio» (σοφός), «compañero de navegación» (σύμπλοος), «rápido» (ταχύς), «agra-



dable» (τερπνός), «cazador» (τοξευτήρ), «que lleva arco» (τοξοφόρος), «que camina en las aguas» (ύγροκέλευθος), «que avanza por el agua» (ύγροπόρος), «húmedo» (ύγρός). De estos epítetos nos hemos ocupado recientemente del de πανδαμάτωρ (cf. M. Martínez, 2006). Entre los tópicos relacionados con Eros en las *Dionisiacas* señalaría aquí los siguientes:

- Eros borracho: 19.260-2.
- Eros labriego: 7.1-3, 24.268-270; 24.325-6; 42.282-312; la metafórica del amor relacionada con la agricultura en nuestro poema ha sido muy bien estudiada por D. Gigli (1985: 21-29).
- Eros gobernador de la raza humana: 33. 57-59.
- Eros y su cinturón (κεστός): 24.325; 32.3; 33.36.
- Eros padre de Gamo (matrimonio): 40.401 y ss.
- Eros boyero: 1.79-83; 1.329 y ss. Para esta metafórica cf. D. Gigli (1985: 32-34).
- Eros cazador: 1.405. Para esta metafórica cf. D. Gigli (1985: 34-35)
- Eros y las bodas o matrimonio: 7.52-53; 3.105-107; 5.280; 47.414-417; 48.178.
- Eros y su aguijón: 16.313, 33.36, 37.641; 42.194-5. Para estas metáforas cf. D. Gigli (1985: 52-55).
- Eros - fuego: 48. 476 ss. Para la metafórica del amor y el fuego cf. D. Gigli (1985: 45-52).
- La herida de Eros: 15. 244-45; 34.72-73. Cf. para este tópico D. Gigli (1985: 41-45).
- Eros - árbitro: 10.336-8; 19.236-8.
- Eros - muerte: 15.335.
- Eros - alas: 34. 66, 32.52; 33.71.

Además de estos tópicos, queremos reparar aquí en dos aspectos sobresalientes de la figura de Eros en nuestro autor:

a) En primer lugar, la visión de un *Eros cosmogónico*, que se puede detectar en diversos pasajes de las *Dionisiacas*, como ocurre en el siguiente pasaje:

Inmediatamente Eros, labriego del amor, fecundó el mundo silvestre con el fruto que vuelve a renacer de la siempre fluyente vida, tras colocar el esperma fecundo del varón en el surco de la hembra. Y la Naturaleza que nutre su prole echó raíces: al mezclar con la tierra el fuego y el agua combinada con aires, modeló un retoño humano compuesto de cuatro ligamentos

(7.1-6; trad. Manterola - Pinkler)

Más claramente se describe un *Eros cosmogónico* en este otro pasaje, en el que además se refiere un nacimiento del dios en la ciudad de Béroe antes que en Chipre:

Entonces al impetuoso Eros, principio primeramente engendrado de la generación, conductor de la armonía del universo, portador de vida, dio a luz ella nada más aparecer sobre las alturas del cercano puerto. Y el niño de pies veloces, agitando sus piernas en un nacimiento viril, se adelantó a la hora del laborioso parto de aquel vientre sin comadrona, pateando el sonante regazo de su madre sin desposar, travieso aún antes de haber nacido. Con un salto de baile dio una voltereta mientras



hacía girar sus alas ligeras y abrió las puertas del nacimiento. Veloz se impulsó de un brinco al regazo esplendoroso de su madre, Eros, y sin cesar se agitaba ente los recios senos, tendido sobre el pecho criador de niños. Tenía un deseo innato de alimento, y mordisqueaba la punta del pezón nunca antes hollado con el tirón que engendra las gotas, exprimiendo insaciable toda la leche de los hinchados pechos. (41.129-143; trad. de Hdez. de la Fuente)

b) Curiosa nos resulta la genealogía de Eros que se nos ofrece en 31.111, donde se invoca a Iris como la «bien parida madre de Eros». Este capítulo de los padres de Eros es un interesante capítulo de la biografía de nuestro dios que hemos estudiado extensamente en las literaturas griega y latina (cf. M. Martínez, 2005). En 19.44 es curiosa la innovación que se hace a Mete (la borrachera) como una segunda Afrodita, madre de Eros.

8. Con todo lo dicho anteriormente llegamos al meollo de nuestra intervención con el tratamiento de las historias de amor en las *Dionisiacas* y su intervención en ellas del dios Eros. A este respecto habría que decir, ante todo, con H. J. Rose (1940, p. xi), que estas historias de amor, no tanto las que se refieren a un joven y otro de su mismo sexo, sino a las de un joven y una muchacha, eran extremadamente populares en la época de Nono, y casi todas las más famosas, o bien tenían un origen alejandrino, o estaban modeladas sobre la base de alguna narración derivada de algún escritor de esta época, como Antímaco de Colofón (hipótesis que fue defendida ya en su momento por el inglés E. F. M. Benecke en su *Antimachus of Colophon and the Position of Women in Greek Poetry*, Londres, 1896). Las historias de amor citadas en las *Dionisiacas*, ya sean meramente citadas o desarrolladas por extenso, son numerosísimas, por lo que hemos decidido distribuirlas en varios grupos, bien entendido que posiblemente se nos haya olvidado alguna de ellas.

8.1. Empezaremos con las historias que tienen a Zeus por protagonista, para las cuales contamos con la monografía de A. García Masegosa (1998). Entre las historias de amor de Zeus que hemos detectado en las *Dionisiacas* están las siguientes:

a) La que se refiere al padre de los dioses con otra diosa:

- Zeus - Perséfone: 5.565 y ss.; 6.1 y ss. Se trata de una relación incestuosa, pues son padre e hija.

Para la intervención de Eros en historias amorosas relacionadas con los dioses hemos escogido dos pasajes. Uno se refiere a unas palabras del propio Eros en las que se pregunta quién ha dañado a su madre Afrodita:

«¿Quién ha hecho daño a mi Pafia? Dímelo, para que tome mis armas y combata contra todos. Por mi madre en apuros tensaré mi cuerda que todo lo puede incluso contra el Cronión y, de nuevo, tras disparar mi dardo, le convertiré en pájaro robalechos, águila de amores o acaso en toro navegante de las aguas del mar. Y si fuera Palas quien la turba o la fuerza el dios que cojea en círculos, prendiéndole fuego a la antorcha portadora de resplandor de la lámpara de Cécrope, combatiré contra ambos, Hefesto y Atenea; y si acaso la Arquera, la diosa flechadora de liebres, le arrastra a la cólera, desvainando la espada olímpica y ardiente de Orión, habré



de herir a Ártemis y expulsarla fuera del cielo, elevando con mis alas al hijo de Maya como mi compañero de labores, y que llame en vano a la insignificante Persuasión para que le auxilie. Tras dejar de lado los dardos y el ardiente nudo de mi carcaj, habré de azotar a Febo, que así lo quiere, con ramas de laurel, apresándolo con un nudo de jacinto parlante. No temo la fuerza de Enialio, ni me costará mucho fustigar a Ares cuando esté atrapado por el dulce cesto. Y desde los cielos hasta Pafos derramaré a los luceros gemelos para que sirvan a mi madre, pues le llevaré como criados a propio Faetonte con su Clímene y a Selene con su Endimión para que todos sepan que yo lo domino todo».

(33.118-39; trad. de Hdez. de la Fuente)

El otro pasaje se refiere al momento en que Afrodita abraza a su hijo Eros y, tocándole su arco que encanta el corazón y palpando su carcaj, le pide que defienda a Dioniso en contra de Ares, que defiende a los indios por orden de Hera:

«Vamos, defiende tú a Dioniso en el combate, como Ares hace con Deríades. Si él tiene una lanza, tú posees un arco más poderoso, ante el cual hincan la rodilla el altísimo Zeus, el impetuoso Ares y el legislador Hermes. Incluso Apolo, ilustre arquero, tiene miedo de tu arco. Si concedes esta gracia a tu Espumígena, querido niño, lucha al lado de las Basárides y de nuestro Dioniso. Ea, corre inalcanzable hasta la región oriental de la tierra, hasta la llanura india, allí donde hay una cierta servidora de Lico entre las Bacantes, superior a sus coetáneas, de nombre Calcomede, amante de su virginidad —y es que, si vieras a Calcomede y Cípride en el Líbano no podrías, querido niño, distinguir cuál es Afrodita—. Corre pues hacia allá y auxilia a Dioniso, flechando a Morreo por la belleza de Calcomede. Yo misma te pondré en las manos una recompensa digna de tu maestría con el arco, una corona lemnia de hermosa factura, semejante a los rayos del ardiente sol. Tú sólo blande tu dulce dardo y concédele esta gracia doble a Cípride y a Dioniso. Honra por partida doble al ave compañera del cortejo de los Amores, que es tuya tanto como mía, y es heraldo de gozo e himeneos de por vida».

Así dijo la diosa. Y el alocado Eros se revolvió en el regazo de su madre, empuñó su arco y en torno al pequeño hombro se colgó su carcaj que todo lo puede.

(33. 159-182; trad. de Hdez. de la Fuente)

b) Las historias de amor de Zeus con heroínas, entre las que aquí señalaremos las siguientes:

- Zeus - Io: 1.334; 3.265 y ss.

- Zeus - Europa: 1.344-356; 16.51-52. Para la intervención de Eros en esta historia se dice lo siguiente:

Mientras el toro apuraba el paso, el boyero Eros le dio con el cinto en el cuello servil; levantó el arco sobre su hombro, como un bastón pastoril y por el húmedo campo de Posidón guió al esposo de Hera con el cayado de Cipris.

(1.81-83; trad. Manterola - Pinkler)

- Zeus - Electra: 4.94.

- Zeus - Calisto: 1.122.

- Zeus - Egina: 33.296-7.



- Zeus - Antíope: 33.301-303.
- Zeus - Dánae: 16.48-70.
- Zeus - Sémele: 7.138 y ss. y 8.

Sobre la intervención de Eros en el caso concreto de los amores de Zeus disponemos de varios pasajes en las *Dionisiacas* que merecen citarse aquí. En primer lugar, el famoso texto del canto séptimo en el que Eros extrae de su tahalí las doce flechas reservadas para Zeus:

Mientras tanto, el sabio Eros, autodidacta, que divide las edades, golpeó las tenebrosas puertas del primigenio Caos y extrajo un divino tahalí. En él había solamente doce flechas nutridas por fuego que estaban reservadas para Zeus, para cuando su deseo amoroso yerre por himeneos terrenales. Sobre el dorso del tahalí de apasionados deseos Eros escribió en el medio con letras de oro una sentencia en verso para cada una de ellas:

La primera conduce al Crónida hacia el lecho de Ío, la de ojos de vaca.

La segunda entrega a Europa al toro rapaz.

La tercera conduce al señor del Olimpo al himeneo de Pluto.

La cuarta llama al dorado esposo en dirección a Dánae.

La quinta dispone para Sémele ardientes himeneos.

La sexta da a Egina un águila, reina del cielo, como compañera.

La séptima une a Antíope con el engañoso Sátiro.

La octava conduce hacia Leda desnuda un sensato cisne.

La novena lleva a Díe de Perrebia lechos equinos.

La décima seduce por tres noches como esposo de Alcmena.

La undécima persigue el matrimonio de Laodamía.

La duodécima arrastra al esposo de Olimpia arrollado tres veces sobre sí mismo.

Inmediatamente, Eros, luego de haber mirado y tocado a cada una en orden, hizo a un lado las otras flechas de fogosa punta y con su mano extrajo la quinta. Colocó sobre la punta de la alada flecha una hiedra, a fin de que sea armada una corona para el dios viñador. Por último la empapó en la humedad de una copa de néctar para que Baco acreciente el divino fruto y la ajustó a la centelleante cuerda de su arco.

(7.110-137; trad. de Manterola - Pinkler)

La intervención de Eros en la historia de Zeus - Sémele (7.138 y ss.) se describe así por parte de Nono:

Inmediatamente, el ojo de Zeus que todo lo ve no se privó de mirarla: desde lo alto él hizo dar vueltas alrededor de la muchacha el infinito círculo de su visión. Al punto, Eros, arquero escurridizo, tensó en el aire su arco que cuida la vida y se apostó delante del padre que la observaba con curiosidad. La cuerda del arco brilló sobre la flecha cubierta de flores y, dada la tensión que soportaba el arco tendido hacia atrás, el sabio proyectil silbó un ruido consagrado a Baco: evohé.

El padre Zeus era un blanco imponente, pero bajó su cuello ante el insignificante Eros. La flecha del amor, tras ser impulsada con un silbido nupcial, partió hacia el corazón de Zeus describiendo una trayectoria igual a la de los astros. Y aunque fue desviada mediante calculado movimiento, rasguñó con las estrías más extremas los pliegues de su muslo, como si anunciara el parto que estaba por venir. En ese



momento, el Crónida sintió el azote del cinto de Afrodita y su ojo, canal del deseo amoroso, se fue sobre la joven que ahora despertaba en él profunda pasión.

(7.190-205; trad. Manterola - Pinkler)

Tenemos otras intervenciones de Eros en estas historias en 7.270-279.

8.2. Historias de amor de otros dioses. Entre ellas hemos encontrado las siguientes:

- Selene - Endimión: 1.332; 4.221 y ss.; 7.13 y 238 y ss.; 13.554 y ss.
- Apolo - Dafne: 15.298-302.
- Afrodita - Adonis: 48.276.
- Helio - Clímene: 38.105-434 (historia que le cuenta Hermes a Dioniso).
- Iris - Céfiro: 31.105.
- Céfiro - Cipariso: 11.364-365 (historia de amor masculino).
- Alfeo - Aretusa: 6.430 y ss.
- Polifemo - Galatea: 40.555.
- Pan - Galatea: 6.300 y ss.
- Pan - Eco: 6.261 y ss.
- Poseidón - Béroe: 41.230-262.
- Faetonte - Clímene: 33.138.
- Océano - Tetis: 40.554.

Como ejemplo de intervención de Eros en este tipo de historias, hemos seleccionado el pasaje del canto cuarenta y dos, en el que el dios del amor actúa contra Poseidón y contra Dioniso a la vez, para que ambos queden prendados de la doncella Béroe.

Y él obedeció sus órdenes. Con sandalias prestas, el ardiente Eros, como agítase inalcanzable los pies, veloz como el viento, rasgó el aire con alado talón, elevado entre las nubes llevando su arco llameante. Su propia aljaba, que le colgaba del hombro, estaba llena de dulce fuego. Como cuando una estrella se extiende recta como agudo caminante a través del éter sin nubes en centelleante extensión, trayendo un prodigio para el ejército en la guerra o una señal a algún marinero, y araña el lomo del firmamento con el rastro trasero de sus llamas; pues de la misma forma el impetuoso Eros, que se impulsaba con un sonido agudo, desde el cielo volaba silbando y produciendo al agitar las alas un rumor semejante al del viento. En un promontorio de Asiria puso en una única cuerda dos dardos de fuego, arrastrando a un deseo parecido por el amor de la doncella a dos pretendientes de igual celo por aquellos himeneos: la divinidad de la vid y el auriga de los mares.

En tanto, este último, tras abandonar las olas profundas del ponto vecino al mar, y el primero como dejase la planicie de Tiro, se encontraron en un mismo lugar, en el interior de las montañas del Líbano. Marón desató a la sudorosa pantera de su yugo de aquel terrorífico carro, sacudió el polvo y limpió con agua de una fuente la ardiente cerviz arañada de las bestias para refrescarlas.

Y he aquí que Eros, como se hubiese llegado inalcanzable hasta la cercana muchacha, disparó a ambas divinidades con flechas gemelas, enloqueciendo a Dioniso para que llevara sus tesoros a la joven —la alegría de la existencia y el pámpano vinoso de la vid— e incitando a la par al gobernador del tridente hacia el mismo amor

y a que le ofreciera a la niña, que estaba cerca del mar, como doble regalo de bodas por su amor el triunfo en la guerra naval y los más variados manjares de su mesa. Y más aún encendió a Baco, puesto que el vino anima el espíritu para el deseo, manteniendo a los jóvenes mucho más hechizados por el dardo insensato, desbocados y obedientes a la par. De tal guisa Eros flechó a Baco, clavándole el dardo entero en el corazón. Y éste se inflamó como arrobado por la miel de la persuasión.

(42.1-36; trad. de Hdez. de la Fuente)

8.3. Historias de amor de héroes y personajes menos conocidos. Entre ellas estarían las siguientes:

- Cadmo - Harmonía: en los cantos 4 y 5. Es una de las historias más desarrolladas en nuestro autor.

- Aquiles - Pentesilea: 35.27-36. Esta historia es particularmente interesante, pues se trata de un caso de necrofilia (para cuya temática *cf.* Ibáñez Chacón, 2005), por lo que merece la pena que la citemos aquí:

Y una joven quedó desnuda sobre el suelo después de rodar por el polvo. Como se le hubiera desprendido la túnica, se armó de esplendor e hirió, una vez herida, a su enamorado matador. Su belleza tornóse dardo y aun muerta venció. Se armaron los muslos desnudos, arqueros de amores, contra el enemigo. Y he aquí que éste, al contemplar a esta otra Penteseila, hubiera sentido deseo por el cadáver inerte, como le ocurrió una vez a Aquiles, y hubiera besado los gélidos labios de la muchacha, llenos de polvo, de no ser porque en él pesaba la terrible amenaza de Dríades. Contemplaba la piel de la muchacha desnuda, que le habría rechazado, y se fijó en sus blancos tobillos y en el regazo de sus muslos al descubierto. Tocó sus miembros y acarició sin cesar su pecho turgente y rosáceo, que aun semejava una manzana. E incluso se hubiera unido a ella amorosamente.

(35. 21-35; trad. de Hdez. de la Fuente)

- Hipomenes - Atalanta: 48.181.

- Jasón - Hipsípila: 30.205.

- Atamante y sus amores (Ino - Néfele - Temisto): 9.290 y ss.

- Deucalión - Pirra: 15.299.

- Cometo - Cidno: 2.143-146.

- Téctafo - Eeria: 26. 101-145.

- Aristeo - Autónoe: 5.210-286 y 29. 181 y ss.

- Píramo - Tisbe: 6.352.

- Cálamo - Carpo: 11. 370-480. Historia de amor homosexual que Eros le cuenta a Dioniso, después de la muerte de su amado Ámpelo. Sobre esta historia *cf.* D. Hernández (2007: 20-21).

En la historia de Cadmo y Harmonía hay un hecho digno de mencionarse aquí y es que no interviene Eros, sino Afrodita, quien logra convencer a Harmonía después de un largo parlamento, tras el cual actúa de la siguiente manera:

Así habló, y con su cinto logró conmovier a Harmonía, que hasta el momento deseaba evitar ese himeneo. Pero aguijoneó a la muchacha con el deseo, y la volvió dócil



a éste. De pronto su mente cambió y fue sobrecogida por dos voluntades: al extranjero deseaba poseer, pero quería asimismo permanecer en su patria.

(4.176-183; trad. de Manterola - Pinkler)

8.4. Historias de amor relacionadas con Dioniso. En este grupo debemos distinguir historias masculinas e historias femeninas. Las masculinas son:

a) Dioniso - Ámpelo: Posiblemente sea la historia de amor más extensamente desarrollada en las *Dionisiacas*, pues ocupa los cantos diez, once y doce. Es uno de los dieciséis epilios que G. D'Ippolito (1964) ha encontrado en nuestro poema. En esta historia se combina la pasión de Dioniso con un mito sobre el nacimiento de la vid, en donde la muerte y metamorfosis de Ámpelo en vid adquieren cierto aspecto metafísico (cf. D. Hernández, 2007: 16-20). Desde la perspectiva de nuestro trabajo merece la pena reseñar aquí la intervención de Eros consolando a Dioniso después de la muerte de su amado Ámpelo:

Eros se apostó cerca de él bajo la forma de un cornudo y peludo Sileno, munido de su tirso. Y así, revestido con esta moteada piel, se hallaba apoyado sobre un bastón, báculo que cuida de la vejez. De inmediato habló al afligido Bromio con consoladoras palabras:

«¡Libérate, entrega a otro amor los destellos de vuestra pasión! A cambio, vuelve tu agujijón hacia otro joven y olvídate del muerto. Pues siempre un nuevo amor es remedio del anterior. Ni el tiempo sabe cómo destruir al amor, aunque sí ha aprendido a ocultar todas las cosas. Entonces, si quieres un auxilio para tus penas que te libere del dolor ponte a la busca de otro muchacho mejor; sólo un deseo puede marchitar a otro deseo.

(11.351-363, trad. de Manterola - Pinkler)

b) Dioniso - Himeneo: 29. 87-178. El episodio principal de esta historia es la curación de Himeneo herido por parte de Dioniso. La historia tiene ciertos ecos alegóricos, dado que Himeneo prefigura la aparición del matrimonio que luego unirá a Dioniso y Ariadna (cf. D. Hernández, 2007: 21-22). Para el tema del amor y herida cf. D. Gigli (1985: 41y ss.).

De las historias de Dioniso con mujeres destacamos, además de las que se mencionan en el párrafo siguiente, la historia de Ariadna. Se trata de otro epilío en el interior de las *Dionisiacas* que G. D'Ippolito (1964: 115-130) estructura en dos partes bien distintas: 47.265-471 (estancia de Dioniso en Naxos y su unión con Ariadna) y 47.472-741 (lucha del dios contra Perseo y petrificación de la heroína). Para D'Ippolito esta historia es el tema de las amantes abandonadas, como tantas otras en la mitología griega: Medea, Deyanira, Dido, etc. (las *Heroidas* de Ovidio, en sus primeros catorce ejemplos son otras tantas epístolas de heroínas abandonadas por sus parejas). En esta historia interviene Eros en varios momentos. Primero cuando actúa sobre Ariadna para que se enamore de Dioniso:

El impetuoso y errante Eros fustigó a la muchacha hacia otro amor más elevado con el cesto que agujijonea, para convencer a la hija de Minos de que se uniera a su hermano Dioniso.

(47.419-425; trad. Hdez. de la Fuente)



La otra intervención de nuestro dios en esta historia ocurre cuando Eros adorna para Baco la cámara nupcial donde va a tener la unión de Dioniso con Ariadna:

Eros adornó para Baco la cámara nupcial y retumbó la danza del cortejo. En torno al tálamo de bodas brotaron todas las flores, y las bailarinas de Orcómeno rodearon Naxos con pétalos primaverales, y la Hamadriada entonó un cántico en honor del enlace. Alrededor de las fuentes, la ninfa Náyade cantaba sin velo y descalza por la unión de Ariadna con la divinidad de los racimos. Ortigia ululó, entonando un himno nupcial para Lieo, el hermano de Febo, protector de su ciudad. Y se apresuró a danzar, a pesar de ser inamovible. Eros, como adivino fogoso, entrelazando los rosáceos pétalos de unas flores, tejió una corona de circular trenzado, del mismo color que las estrellas que preludivan la celestial corona. Y en derredor de las ninfas de Naxos bailó un enjambre de Amores, a modo de cortejo nupcial. El padre de oro, uniéndose en los tálamos del amor conyugal, sembró una estirpe de prolífica descendencia como esposo.

(47. 456-471; trad. de Hdez. de la Fuente)

8.5. Pero el grupo de historias de amor en las *Dionisiacas* que consideramos más interesante es el que se conoce como las *παρθένοι φυγόδεμνοι*, o sea, las doncellas (a veces también jóvenes masculinos) que rechazan las bodas o son reacias y resistentes al matrimonio. Se trata de un tipo de historia excelentemente estudiado por G. D'Ippolito (1964: 86-114). A lo largo del poema noniano son innumerables las personas que se muestran enemigas del amor, entre las que aquí podemos citar las siguientes: Narciso (15.352), Dafne (15.308 ss.), Anquises (15.210 ss.), Adonis (16.209; 33.25-26; 41. 207 ss.; 42.162, 245, 268; 48.275 ss.), Titono (15.279; 33.351; 48. 665), Ganímedes (15.281), Endimión (15.284, 33.34 y 138, 42.143, 268; 48. 581, 667), Jacinto (en el episodio de Ámpelo), Hamadriade (2.99), Pitis (2.107), Siringe, Eco, Calisto, Asteria (2.108 y ss.). En el episodio relacionado con la ciudad de Tiro, en el canto cuarenta, se nos describe la actuación de Eros contra tres náyades, enemigas del amor: Abarbarea, Calírroe y Drosera. La intervención de Eros se describe así:

Ahora te contaré un mito sobre las fuentes. He aquí que antaño las vírgenes primigenias se mantenían castas y Eros el ardiente se enojó con ellas a causa de sus ceñidores. Mientras extraía un dardo encantador, dirigió estas palabras a las ninfas que aún rechazaban las bodas:

‘Náyade Abarbarea, amante de tu virginidad, recibe tú también este dardo, del que participa toda la naturaleza. Aquí mismo se fijará el tálamo de Calírroe y entonaré el himeneo de Drosera. Y tú me replicarás: ‘Yo soy de estirpe marina, nací formada espontáneamente de las corrientes y mi nodriza fue un manantial’. Pero Clímene también era una Náyade, también descendencia del Océano, y aun así se sometió a los amores. Incluso ella se casó cuando contempló al dios de azulada cabellera, el muy poderoso, como servidor de Eros, encendida por el aguijón de Cípride. El primigenio Océano, que reina sobre todos los ríos y corrientes, conoció el amor de Tetis y unos himeneos de hermosas aguas. Tolera tú también las mismas cosas que Tetis. Y Galatea, que lleva la sangre de tamaño mar y no de una pequeña fuente, se enamoró del cantor Polifemo. Y ella que es submarina tiene un marido de tierra



firme y emigra pasando del mar a la tierra hechizada por la lira. Asimismo las fuentes conocen mi flecha. No te he de contar nada acerca del enamoramiento de los mares, pues has oído del amor acuático de esa fuente herida por el deseo, Aretusa la siracusana. Como es la historia del Alfeo, el cual junto a la acuática cámara nupcial estrecha a su ninfa de siempre entre brazos hídricos. ¿Qué placer hallas en honrar a la Arquera, tú que eres de la estirpe de los manantiales? Pues Ártemis no brotó de las aguas, como Afrodita. Debes dar gracias más bien a Cipris, pues también ella inclina su cabeza ante el Amor, incluso siendo la diosa de los Amores. Recibe, pues, el dardo del deseo y te habré de llamar por nacimiento la de marinas vías, y por amor, hermana de Afrodita. Cuéntaselo a Calíroe y no se lo ocultes a Drosera'. Tales fueron las palabras y tres fueron las flechas que lanzó desde su arco tensado hacia atrás. Y junto al lecho nupcial de hermosas aguas unió a los hijos de la tierra en amoroso juntamiento con las Náyades. Y sembró la estirpe teogona del pueblo de Tiro.

(40.540-572; trad. de Hdez. de la Fuente)

Con ser interesantes las historias anteriores de muchachas y muchachos reacios al amor, sin embargo, las más famosas παρθένοι φυγόμενοι en las *Dionisiacas* son las siguientes:

a) *Nicea*. Una de las historias de amor relacionada con la fundación de la ciudad de Nicea es el de la ninfa amazónica del mismo nombre que, según D. Hernández (2007: 35-49), podemos estructurar en dos partes: en 35.169-422 el pastor Himno se enamora de Nicea, pero la doncella lo rechaza y termina matándolo; en el canto dieciséis asistimos al idilio de Nicea y Dioniso, que acaba con su resistencia y se une a ella emborrachándola, produciéndose así el primer amor femenino del dios, del que nacerá Teleté y la ciudad de Nicea. En esta historia lo que se produce es una teogamia de Dioniso parecida a la que veremos luego con Aura, aspecto muy bien estudiado por F. Vian (1994). Hemos de decir que esta historia cuenta con abundantes estudios, como los de Guinea Díaz (1992), Keydell (1927), Merkelbach (1987), Schulze (1968), Bittrich (2005), entre otros. Para el profesor Adrados la historia cuenta con antecedentes indios y tiene sus ecos en la literatura latina y española (F. R. Adrados, 2003). En la relación Himno - Nicea la intervención de Eros se describe en un pasaje que ya citamos a propósito de la descripción de la belleza femenina (*cf.* parágrafo 6.h).

En otro texto, el propio Eros reconoce que no ha podido vencer la resistencia de Nicea en su relación con Himno:

Y al darse cuenta Eros de que la sanguinaria muchacha poseía un corazón indomable, arrojó su arco al suelo y pronunció un juramento por el carro de bueyes, a fin de someter a la doncella en contra de su voluntad bajo el poder de Dioniso.

(15.382-385; trad. Hdez. de la Fuente)

Sometimiento que logra finalmente el dios del amor, tal como se narra al comienzo del canto dieciséis:

No quedó sin vengar el crimen del desdichado pastor, sino que el valeroso Eros, tras tomar su arco y su flecha de amor, se armó invisible contra el propio Dioniso, mien-

tras éste reposaba junto a la ribera del arenoso río. La veloz Nicea, sudando tras terminar su acostumbada cacería por causa de las fatigas de la montería, descansaba su cuerpo desnudo bañándose en un rocoso manantial. No vaciló entonces el flechador Eros, sino que puso la barbada punta de una flecha alada en torno a la cuerda, tensó su arco y acertó de lleno en el corazón de Lieo, enloqueciéndole de amor. Y como viera Dioniso a la muchacha de piel desnuda bañándose en el torrente, una dulce locura turbó su ánimo por causa del dardo inflamado.

(16.1-13; trad. de Hdez. de la Fuente)

Dioniso logra poseer a Nicea durante el sueño que sigue a la embriaguez de la joven (16.283) hasta el punto de que la propia Nicea llega a exclamar: «pues el Sueño, Eros, el Engaño y el Vino me han arrebatado mi virginidad» (16.359-360).

b) *Calcomede*. Se encuentra un buen análisis de esta historia en G. D'Ippolito (1964: 108-110) y D. Hernández (2007: 23-27). La historia transcurre en los cantos treinta y tres y treinta y cinco. Calcomede es una bacante virgen y guerrera que pertenece a las tropas de Dioniso. Morreo es el yerno del rey indio Deríades y esposo de Querobia. Para poder derrotarle Afrodita le pide a su hijo Eros que ayude a Dioniso enamorando al capitán Morreo de Calcomede (33-1-179). La petición de Afrodita a su hijo se produce en el pasaje ya citado en 8.1.a. El flechazo de Eros a Morreo para quedar prendado de Calcomede se relata de la siguiente manera:

Y el alocado Eros se revolvió en el regazo de su madre, empuñó su arco y en torno al pequeño hombro se colgó su carcaj que todo lo puede. Voló alado por el éter y circundando Cerne con sus alas ligeras en frente de los rayos de la Aurora revoloteó sonriendo porque tamaño auriga de carros celestes hubiera de ser abrasado por dardos tan pequeños. El resplandor de los Amores había derrotado al resplandor del Sol. Y corriendo veloz en medio de la armada índica apoyó su arco en el cuello de Calcomede y apuntando su dardo alrededor de los contornos de sus rosadas mejillas, disparó al corazón de Morreo. Después, como si nadase en su camino mientras se impulsaba con sus alas de doble ímpetu, subió de nuevo hasta los confines estrellados de su padre, abandonando al indio atravesado por la saeta de fuego. Y ya Morreo, enfermo de amores, iba de aquí para allá todo el tiempo, espoleado por el dardo del deseo, hasta donde estuviera la doncella. Llevaba una espada dulcísima, blandía una cuidosa lanza y su osado ánimo era fustigado por el cesto encantador. Extendió su mirada loca por amor en su derredor y a una señal de Cípride arrastraba su vista implacable.

(33.180-200; trad. de Hdez. de la Fuente)

Al propio Morreo no le queda más remedio que reconocer su propia derrota ante Eros:

¿Qué puede hacer mi acero? Decidme, ¿de qué argucia puedo valerme contra Ciprogenia? ¿Podré herir a Eros? ¿Cómo le voy a alcanzar si tiene alas? ¿Acaso empuñando mi lanza? Él lucha con el fuego. ¿Y si desenvaino mi espada? Él tiene arco y flechas y con su arco ha flechado mi corazón, incendiándolo. A menudo he sido herido en combate. Pero un médico me salvó en mi sufrimiento mediante su arte que con-



serva la vida, frotando sobre la herida de mi cuerpo una hierba salvífica. Oh Hísaco, no lo ocultes, ¿qué medicamentos variados podría yo aplicar para sanar la herida de los amores que tengo en mi corazón? Soy siempre valiente ante mis enemigos, mas cuando contemplo a Calcomede en persona, mi filo se vuelve femenino. No temo a Dioniso, pero tiemblo de miedo ante una mujer, porque el resplandor que emite su rostro, que hiere de deseo, me asaeta con sus beldades, y ya no puedo tensar mi arco. Así que he visto a una de las Nereidas. Si me es lícito decirlo, bien Tetis o bien Galatea combaten al lado de Dioniso».

(34.65-80; trad. de Hdez. de la Fuente)

c) *Béroe*. Los cantos cuarenta y uno, cuarenta y dos y cuarenta y tres se dedican al mito de la fundación de la ciudad de Béroe-Bérito-Beirut. Es otra historia ampliamente investigada por estudiosos como D. Accorinti (1997), M. G. Bajoni (2003), A. Villarrubia (1999), entre otros, aunque los mejores análisis siguen siendo los de G. D'Ippolito (1964: 110-114) y D. Hernández de la Fuente (2007: 46-53). Lo principal de la historia acaece en el canto cuarenta y dos, en el que Eros enamora a Dioniso y Poseidón de Béroe, intervención que ya tuvimos ocasión de citar (cf. 8.2). Se produce una batalla de ambos contendientes y vence el dios del mar. Para consolar a Dioniso de su derrota, Eros le promete futuros amores como consuelo, tal como se dice en el siguiente pasaje:

Oh Dioniso, ¿por qué le reprochas aún al cesto que conduce a los novios? No convenía a Bromio el matrimonio con Béroe, sino que era éste un desposorio apropiado para el mar, porque he llevado a la hija de la marina Afrodita a su cónyuge que navega los mares y los he unido. Mas he reservado para tu tálamo a una novia más dulce, Ariadna, de la estirpe de Minos y la tuya propia. Deja ya a la insignificante Amímone al mar, puesto que la sangre del mar lleva. Ea, abandona las montañas del Líbano y las aguas de Adonis, y marcharás hacia Frigia, bien dotada de muchachas, donde te espera el seco lecho de Aura la titánide, hija de Helio. E igualmente te habrá de recibir, preparando una corona en honor de tus campañas y un lecho nupcial para tu doncella la Tracia, conductora de novias, donde ya te reclama Palene, la de lanza veloz, en cuyo tálamo te coronaré yo con nupciales pámpanos como premio a tu triunfo, cuando hayas concluido el encantador combate de la lucha de Afrodita.

(43.421-436; trad. de Hdez. de la Fuente)

d) *Palene*. El mejor análisis de esta historia lo tenemos en D. Hernández (2007: 27-29). Palene, que da nombre a la península más occidental de la Calcídica, es hija de Sitón, epónimo de la península Sitonia, que obligaba a combatir con él a los pretendientes de su hija, por lo que la historia se parece a la de Hipodamía y Atalanta. Parece una innovación de Nono el hecho de que Sitón se muestre enamorado de su hija. La historia se cuenta en 48.90-237. Lo más interesante de esta historia es el enfrentamiento de Dioniso con la propia Palene en un combate nupcial, que viene a ser una competición de lucha libre con tintes eróticos en el que Afrodita es el árbitro y Eros el entrenador de Dioniso (48.106-107). Zeus otorga la victoria a Dioniso y Eros le corona. Sitón habría intentado separar a ambos contendientes,



pero es muerto por Dioniso. Citamos a continuación el momento en que interviene Afrodita y Eros en el combate erótico:

Cipride estuvo presente en el combate como árbitro, y estaba en medio, desnudo, Eros, que le ofrecía a Baco una diadema de boda. El combate de lucha libre era previo a obtener a la novia. Cubrió Persuasión su cuerpo suave con una vestimenta plateada, profetizando que Lieo habría de obtener la victoria en aquel desposorio. Desnudo la muchacha sus recios miembros de la túnica, dejó la impetuosa lanza nupcial. Y quedóse la doncella allí, sin velo y descalza, la hija de Sitón. Una mujer desarmada a la vista, con un lazo rojizo que ceñía el redondeado contorno de sus pechos turgentes. Su cuerpo estaba sin cubrir, los bucles sin trenzar de su larguísima cabellera se derramaban por el cuello de la muchacha. También mostraba las piernas y el pliegue de los muslos sin cubrir, con la parte sobre las rodillas desnuda. Y en torno a los muslos se había ajustado una tela blanca, que tapaba las vergüenzas femeninas. Tenía la piel rociada de pingüe aceite y especialmente en las manos, para que de este modo resbalase de humedad la piel de la doncella al ser agarrada por unas manos insalvables.

(48.106-123; trad. de Hdez. de la Fuente)

e) *Aura*. Se trata de una historia muy similar a la de Nicea, con la que tiene muchos puntos en común. También esta historia cuenta con excelentes estudios, entre los que debemos citar aquí los de G. D'Ippolito (1964: 103-108), J. L. Lightfoot (1998), F. Vian (1994), R. Schmiel (1993) y, especialmente, D. Hernández (2007: 29-34). Estamos ante un epilio, en la terminología de G. D'Ippolito, que se desarrolla en 48.241-968. Ésta es la historia del último amor de Dioniso. Aura, cuyo nombre significa la «Brisa», es una frigia hija de Peribea y Lelanto. Es una doncella que rehúsa el matrimonio y sirve al cortejo de Ártemis pasando su vida en la caza. Dioniso se enamora de ella, pero en vano intenta alcanzarla al ser más veloz que él. Finalmente Afrodita termina por enloquecer a la joven y ésta se entrega a Dioniso, del que engendra dos gemelos, que serán desgarrados por su madre y arrojados al río Sangario, salvándose, no obstante, uno de ellos: Iaco. Termina transformada en fuente por Zeus. De esta historia destacamos aquí dos momentos. Uno corresponde al episodio en el que la propia Aura, a la hora del abrasador calor, duerme y tiene un sueño, en compañía de Afrodita y Eros, que resultó una auténtica profecía de su casamiento:

Una vez, en la hora abrasadora del calor sediento, la muchacha dormía haciendo una pausa en las fatigas de su montería. Y tras tenderse sobre la hierba de Cibeles cuan larga era y reclinar la cabeza junto una rama de casto laurel, durmió la siesta a mediodía y tuvo una onírica visión, profecía encantadora de su casamiento que estaba por llegar. Soñó que un dios de fuego, el impetuoso Eros, cazador de liebres, tensando su dardo en la cuerda ardiente disparaba su arco en el interior de la espesura, asaeteando a hileras de animales con sus pequeñas flechas. Y mientras su hijo cazaba, Cípride estaba risueña, acompañando al hijo de Mirra. Y la doncella Aura estaba allí mismo en pie, portando la aljaba del cazador Eros sobre el hombro habituado al arco de Ártemis. Y aquél mataba a los animales hasta que estuvo satisfecho de cazar y disparar a las fauces terribles de panteras y a las quijadas de los osos.



Entonces, tras capturar viva a una leona con su ceñidor que hechiza la mente, se la enseñó a su burlona madre, después de encadenar a la fiera. La doncella creyó ver entre tinieblas que ella apoyaba el brazo sobre Adonis y Citerea, y que también el voraz Eros la provocaba jugueteando. Y haciendo una reverencia ante Afrodita, de rodillas, proclamó lo siguiente, con la leona como botín de guerra: 'Oh coronada madre de los amores, traigo aquí a la contumaz virgen Aura, que inclina su cuello ante ti; ¡adelante, bailarinas de esa Orcómeno que hierde de amor, ceñid las correas del cesto del cortejo nupcial, ya que tamaña aflicción ha vencido a esta leona invencible!' Tal fue el discurso profético que presencié la montaraz Aura. Y nunca es en vano un sueño para los amores, porque también ellos atrapan entre sus redes al hombre y cazan a la mujer.

(48.258-286; trad. Hdez. de la Fuente)

El otro pasaje que queremos destacar de esta historia es el momento de la intervención de Eros asietando a Dioniso para su enamoramiento de Aura:

Eros lanzó contra Dioniso su dardo de dulce flecha por el amor de la muchacha, y entonces, tras girar las alas regresó ligero al Olimpo.

El dios, vagando por los montes, era azotado por un fuego más intenso. No había el más mínimo consuelo, pues entonces no albergaba esperanzas en su amor por la muchacha, ni tenía remedio alguno para los amores. No, sino que Eros le consumía aún más con sus llamas que hechizan el corazón, incitándole a unirse con la indócil y violenta Aura en un amor que todavía tardaría en llegar. Y pasando apuros ocultaba su pesar y no conversaba en los bosques cerca de Aura con murmullos de amor, no fuera a escaparse. Pues, ¿qué es más desvergonzado que cuando solamente los hombres sienten deseo y las mujeres no les corresponden? Tenía Baco una flecha de amor clavada en las entrañas, y si la doncella corría con sus perros veloces por el interior de la espesura, se le levantaba la túnica gracias a los vientos de Cípride, y así podía observar sus muslos Baco, mientras andaba errante tras ella, volviéndose dulce como una jovencita.

(48.471-485; trad. Hdez. de la Fuente)

Otras intervenciones de Eros en esta historia las tenemos en 48.590, donde Eros derrama en torno de los ojos de Aura una niebla que le impedía ver el agua del manantial, y en 48.614, donde le aconseja a Dioniso que fuera a la caza de Aura.

9. Como se ha podido fácilmente deducir de lo que hemos expuesto en el parágrafo anterior, el tópico de Eros que se deduce de sus intervenciones en las historias de amor que hemos citado es el de su papel de *Eros arquero*. Es éste un *topos* de Eros que ha sido ya investigado por G. Spatafora (1995) en lo que concierne a la poesía griega antigua. Piensa este autor que, aunque el tópico del dardo o el disparo del amor pudiera rastrearse en las *Suplicantes* de Esquilo (v. 1004-1005), lo cierto es que la metafórica de este tema bélico se atestigua por primera vez en la *Medea* de Eurípides (v. 529-531). Luego el tema será muy frecuente en el epigrama helenístico, como muy bien lo han visto tanto G. Spatafora (1995), como F. Lasserre (1946, p. 155 y ss.). Precisamente la influencia del epigrama helenístico en este tema ha sido objeto de un minucioso estudio por obra de A. Holis (1994). En

el caso de nuestro autor el *topos* de *Eros arquero* ha sido bien estudiado por F. Vian (2001), aunque sin agotar las posibilidades que este tema presenta en nuestro autor. No obstante, Vian ha esbozado una pequeña tipología de las posibilidades que este motivo puede ofrecer en Nonno, como son el hecho de cómo Eros se acerca a su víctima (7.192-204; 7.270-279), la comparación de la flecha de Eros al aguijón que ataca al toro (1.45-50), el disparo de Eros (16.8-11), el efecto de la herida que provoca el disparo del amor (31.171-172; 5. 586-93), entre otros aspectos. En cualquier caso las armas de las que siempre se vale Eros para su actuación son siempre las mismas: el cesto o cinturón, el arco, las flechas o dardo, y su carcaj o tahalí, el fuego y las alas, como expresamente se menciona en 4.338-241:

Este marino es Eros mismo. No hay que asombrarse de que la marina Afrodita haya engendrado un hijo navegante. ¡No, pero el pequeño Eros tiene flechas y arco, y lleva antorcha y está munido de alas!

(4.238-241; trad. de Manterola - Pinkler)

A veces el dardo de Eros es de fuego, como expresamente se dice en 6.9 («proyectil llameante»). Sobre el miedo que los propios dioses tienen ante el dardo de Eros se habló en 8.a. Un papel secundario de las intervenciones de Eros en estas historias es el de consolador, como hemos visto en los casos de Ámpelo (8.4), sobre todo, pero también en 8.5.c.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACCORINTI, D. (1997): «L'etimologia di Berytós: Nonn. *Dion.* 41. 364-7», *Glotta*, 73: 127-33.
- ADRADOS, F. R. (2003): «Dioniso erótico en Nonno: precedentes indo-griegos y ecos latinos y españoles», en D. ACCORINTI - P. CHUVIN (eds.): *Des Géants à Dionysos*, Alessandria, pp. 407-413.
- ALEXANDRIAN, S. (1990): *Historia de la literatura erótica*, Barcelona.
- AUGER, D. (2003): «Les rêves dans les *Dionysiaques* de Nonnos», en D. ACCORINTI - P. CHUVIN (eds.): *Des Géants à Dionysos*, Alessandria, pp. 415-431.
- BAJONI, M. G. (2003): «À propos de l'*aition* de Beyrouth dans les *Dionysiaques* de Nonnos de Panopolis», *LAC*, 72: 197-202.
- BITTRICH, H. (2005): *Aphrodite und Eros in der antiken Tragödie*, Berlín.
- BRAUN, F. (1915): *Hymnen bei Nonnos von Panopolis*, Königsberg.
- BRIOSO SÁNCHEZ, M. (1991): *Antología de la poesía erótica de la Grecia antigua*, Sevilla.
- (1994-5): «De la épica como crónica a la épica subjetiva: Nonno de Panópolis», *Excerpta Philologica*, 4-5: 9-30.
- CALAME, C. (2002): *Eros en la Antigua Grecia*, Madrid.
- CARTES, S. (1970): «La figura de Eros en la literatura y en el arte helenístico», *BIEH*, 4: 19-39.
- CELDREN GOMÁRIZ, P. (1994): *Cien historias de amor*, Madrid.
- CHUVIN, P. (1986): «Nonnos de Panopolis entre paganisme et christianisme», en *BAGB*, 45: 387-396.



- (1991): *Mythologie et géographie dionysiaques. Recherches sur l'oeuvre de Nonnos de Panopolis*, Clermont.
- COLLART, P. (1913): «Nonnos épigrammatiste», en *RPh*, 37: 133 y ss.
- CUARTERO IBORRA, F. J. (2003): «Mitos en Nono de Panópolis y otros poetas del alto Egipto», en J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.): *Mitos en la literatura helenística e imperial*, Madrid, pp. 175-195.
- D'IPPOLITO, G. (1964): *Studi Nonniani. L'Epillio nelle 'Dionisiache'*, Palermo.
- FASCE, S. (1977): *Eros. La figura e il culto*. Génova.
- FAUTH, W. (1981): *Eidos Poikilon. Zur Thematik der Metamorphose und zum Prinzip der Wandlung aus den Gegensatz in der Dionysiaka des Nonnos von Panopolis*. Gotinga.
- FERNÁNDEZ DE MIER, E. - PIÑERO, F. (eds.) (1999): *Amores divinos*, Madrid.
- FISAS, C. (1986): *Historia de las historias de amor*, Barcelona.
- GARCÍA MASEGOSA, A. (1998): *Los amores humanos de Zeus*, Universidad de Vigo.
- GIGLI, D. (1985): *Metafora e poetica in Nonno di Panopoli*, Florencia
- (1993): «Nonno, Porteo e l'isola di faro», en *Prometheus*, 19: 230-234.
- GIL, L. (2002): *Oneirata. Esbozo de oniro-tipología cultural grecorromana*, Las Palmas de Gran Canaria.
- GONZÁLEZ SENMARTÍ, A. (1978): *La poesía de Nono de Panópolis (Las Dionisiacas y su autor)*, Barcelona.
- (1981): «La *poikilia* como principio estilístico de las *Dionisiacas* de Nono», *Anuario de Filología*, 7: 101-107.
- GUINEA DÍAZ, P. (1992): «La mitología al servicio de la ciudad: la ninfa Nicea», en C. WAGNER (ed.): *Héroes, semidioses y daimones*, Madrid, pp. 223-230.
- HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D. (2001a): «Las *Dionisiacas* de Nono: la apoteosis tardía del dionisismo», *Estudios Clásicos*, 120: 17-34.
- (2001b): *Nono de Panópolis. Dionisiacas. (vol. II)*, Gredos, Madrid.
- (2002): «Elementos órficos en el Canto VI de las *Dionisiacas*. El mito de Dionio Zagreo en Nono de Panópolis», *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 7: 19-50.
- (2004): *Nono de Panópolis. Dionisiacas (vol. III)*, Gredos, Madrid.
- (2007a): *Nono de Panópolis. Dionisiacas (vol. IV)*, Gredos, Madrid.
- (2007b): *Bakkhos Anax. Un estudio sobre Nono de Panópolis*, Madrid.
- HOLLIS, A. (1994): «Nonnus and the Hellenistic Poetry», en N. HOPKINSON (1994: 43-62).
- HOPKINSON, N. (1994): *Studies in the Dionysiaca of Nonnus*, Cambridge.
- IBÁÑEZ CHACÓN, A. (2005): «Eros en la tumba: prácticas necrófilas de Homero a Nono de Panópolis», en SÁNCHEZ GARCÍA (2005: 71-136).
- KEYDELL, R. (1927): «Zur Komposition der Bücher 13-40 der *Dionysiaca* des Nonnos», *Hermes*, 62: 393-434.
- (1961): «Mythendeutung in den *Dionysiaka* des Nonnos», en *Aparchaoi*, vol. 4. Tübinga, pp. 105-114.
- LASSERRE, F. (1946): *La figure d'Eros dans la poésie grecque*, Lausanne.
- LIGHTFOOT, J. L. (1998): «The Bonds of Cypris: Nonnus' Aura», en *GRBS*, 39: 293-306.
- LIVREA, E. (2003): «The Nonnus Question Revisited», en D. ACCORINTI (ed.): *Des Géants à Dionysos*, Alessandria, pp. 447-55.
- MANTEROLA, S. - PINKLER, L. (1995): *Nono de Panópolis. Dionisiacas (vol. I)*, Gredos, Madrid.
- MARTÍNEZ, M. (1998a): «Los himnos a Eros en la literatura griega», en L. GIL (ed.): *Corolla Complutensis in Memoriam J. S. Lasso de la Vega contexta*, Madrid, pp. 187-197.

- (1998b): «Apuntes para una historia de la literatura erótica griega», en F. R. ADRADOS - A. MARTÍNEZ (eds.): *Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. IV, Madrid, pp. 225-228.
- (2000): «Los géneros eróticos de la literatura griega», *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. I, Madrid, pp. 497-504.
- (2005): «Las genealogías de Eros en la literatura grecolatina», *Actas del XI Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. II, Madrid, pp. 393-406.
- (2006): «Eros pandamator: el amor todo lo vence», en E. CALDERÓN (ed.) Y OTROS: *Koinós Logos. Homenaje al Profesor José García López*, Murcia, pp. 603-610.
- (2007): «El dios Eros en Plutarco» (en prensa).
- MERKELBACH, R. (1987): *Nikaia in der römischen Kaiserzeit*, Opladen.
- MONTREYNAUD, F. (1998): *Amar. Un siglo de amor y pasión*, Colonia.
- MORALES, G. (1998): *Antología de la literatura erótica*, Madrid.
- MUNIN, W. (1965): *Eros in Hellas. Griechische Liebes-geschichten*, Düsseldorf.
- PEEK, W. (1973): *Lexicon zu den Dionysiaka des Nonnos*, Hildesheim.
- PEREA, S. (1999): *El sexo divino*, Madrid.
- RADERMACHER, L. - FRANZ, J. (1987): *Altgriechische Liebesgeschichten*, Berlín.
- RIBEIRO, J. - SUÁREZ DE LA TORRE, E. (2002): *Eros na literatura e filosofia antiga*, Coimbra.
- ROSE, H. J. (1940): «Mythological Introduction», en *Nonnos Dionysiaca*, vol. I, Harvard University Press, pp. X-XIX.
- SÁNCHEZ GARCÍA, R. (ed.) (2005): *Un título para Eros. Erotismo, sensualidad y sexualidad en la literatura*, Granada.
- SCHMIEL, R. (1993): «The Story of Aura (Nonnos, *Dionysiaca* 48. 238-978)», *Hermes*, 121: 470-483.
- SCHULZE, J. F. (1968): «Beobachtungen zur Geschichte von Hymnos und Nikaia bei Nonnos (*Dion.* 15, 169-422)», *Ziva Antika*, 18: 3-32.
- SPATAFORA, G. (1995): «La metafora delle frecce di Eros nella poesia greca antica», *Orpheus*, 16: 366-381.
- VIAN, F. (1978): «Mythologie scolaire et mythologie érudite dans les *Dionysiaques* de Nonnos», *Prometheus*, 4: 157-172.
- (1994): «Théogamies et sotériologie dans les *Dionysiaques* de Nonnos», *Journal des Savants*, julio-diciembre, pp. 197-233.
- (2001): «Echoes and imitations of Apollonius Rhodius in late Greek Epic», en TH. PAPANGHELIS (ed.): *Apollonius Rhodius*, Leiden, p. 295 y ss.
- VILLARUBIA, A. (1994-5): «Nono de Panópolis y la intervención del aedo Leuco de Lesbos», *Excerpta Philologica*, 4-5: 123-128.
- (1996): «Las *Dionisiacas* de Nono de Panópolis» en M. BRIOSO - F. J. GONZÁLEZ (eds.): *Las letras griegas bajo el Imperio*, Sevilla, pp. 9-54.
- (1998): «Nono de Panópolis y el mito de Acteón», *Habis*, 29: 249-268.
- (1999): «Nono de Panópolis y el magisterio amoroso de Pan», *Habis*, 30: 365-371.
- (2004): «Algunas anotaciones mitológicas sobre las *Dionisiacas* de Nono de Panópolis», *Habis*, 35: 395-412.
- (2006): «La Paráfrasis a Juan de Nono de Panópolis. Cuestiones previas y notas generales», *Habis*, 37: 445-461.

